

Padre la misma peticion, con el mismo respeto, con el mismo ardor, con la misma confianza. En cuanto á nosotros, ¡ay de mí! nuestro fervor no dura tan largo tiempo. Todos los dias orando decimos las palabras mismas; pero si sucede que una vez las decimos con respeto, al dia siguiente nuestro fervor se va aflojando, y ponemos nuestra constancia en nuestra desatencion y en las distracciones de nuestro espíritu.

2.º *Oracion llena de resignacion...* «Y se fué de nuevo segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede este cáliz pasar sin que «yo lo beba, hágase tu voluntad...» En el repetir nuestras peticiones para mover el corazon de Dios y ser oídos, el punto sobre que mas debemos insistir, y que debemos repetir con mayor fuerza y energía, es el de nuestra perfecta sumision, y del abandono entero de nuestra propia voluntad, para conformarnos enteramente con la santa voluntad de Dios.

3.º *Oracion llena de caridad...* «Y vuelto (á sus discípulos) los halló de nuevo dormidos, porque estaban gravados sus ojos, y no «sabian qué responderle...» Pero Jesús les evitó este embarazo. Satisfecho con la confusion en que los halla, se compadece de su debilidad y nada les dice. Despues de la cena no habian tomado algun reposo: habian tenido siempre el espíritu aplicado y atento á los sublimes discursos que el Salvador les hizo, y siempre angustiado el corazon por las predicciones que les hacia, que no anunciaban otra cosa que traicion y abandono, negacion y escándalo. No era, pues, cosa sorprendente que estando ya la noche tan avanzada se hallasen sus ojos agravados del sueño. Hagamos aquí dos reflexiones: la primera, que en nuestro sueño y nuestra indolencia en la oracion no somos tan dignos de excusa como los Apóstoles. La segunda, que cuando nuestro prójimo cae en las mismas culpas de que lo hemos reprendido, estamos muy léjos de imitar la dulzura de Jesucristo: nosotros no sabemos qué cosa sea excusar á los otros, justificar sus razones, y perdonar su debilidad y flaqueza.

PUNTO III.

Tercera oracion de Jesucristo.

«Y dejándolos, fué de nuevo, y oró por la tercera vez, diciendo «las mismas palabras...» El ejemplo del Salvador nos enseña aquí tres cosas:

1.ª *La perseverancia en la oracion...* El Salvador empleó en ella todo el tiempo que le quedó despues del sermón de la cena hasta el

arribo de Judas, y no la interrumpió sino para excitar la vigilancia de sus discípulos, y animarlos á imitarlo... ¡Ah! muy mal lo imitaron! Pero ¡oh y cuán mal lo imitamos tambien nosotros! ¡Cuánto tiempo nos sobra que podríamos emplear en la oracion! ¿Cuántas veces interrumpimos la que hacemos, y olvidamos y omitimos la que estamos obligados, ó nos hemos propuesto hacer?

2.ª *La brevedad de las palabras en la oracion...* En esta larga oracion que el Salvador hizo en tres veces vemos poquissimas palabras, pero mucha humildad, mucha abnegacion, mucho respeto, mucha resignacion. En nuestras oraciones, al contrario, muchas palabras y poca atencion, pocos sentimientos y poco de aquel lenguaje del corazon que hace la esencia de la oracion.

3.ª *La repeticion de la misma oracion...* Para entretenernos largo tiempo con Dios, para entretenernos con él todos los dias y en todas las horas del dia no tenemos necesidad de estudiar nuestras palabras ni de variar nuestras expresiones. Una palabra que mueva y que exprima nuestra sumision, nuestra confianza y nuestro amor puede bastarnos, y podemos repetirla continuamente delante de Dios. De esto se darian por ofendidos los hombres; pero Dios nuestro Creador se tiene por honrado... ¡Oh y cuánta condescendencia para facilitarnos el uso de la oracion! ¿No sacaremos nosotros jamás provecho?

Peticion y coloquio.

Dadme, ó Dios mio, este espíritu de gemido y de oracion, para que estando continuamente en vuestra presencia y en las disposiciones santas de vuestro Hijo único pueda merecer que Vos seais mi consolacion en todos mis males y mi fortaleza en todos los peligros. Amen.

MEDITACION CCCV.

CUANTO SUCEDIÓ DE EXTRAORDINARIO EN LA ORACION DE JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

(Luc. xii, 43, 44).

1.º La aparicion de un Ángel; 2.º la agonía de Jesucristo; 3.º el sudor de sangre.

PUNTO I.

Aparicion de un Ángel.

«Y le apareció un Ángel del cielo confortándolo...» Tres cosas se nos presentan aquí dignas de nuestras reflexiones.

1.^a *Un objeto de admiración...* La aparición del Ángel y todo lo que refiere aquí de particular san Lucas sucedió mientras que Jesús oraba por la tercera vez. Que apareciese á Jesús un Ángel no es una cosa que nos deba sorprender: él es el Señor de los Ángeles, y el ministerio de estos bienaventurados espíritus es de servirlo; pero lo que hay de muy sorprendente es que este Ángel le apareciese para confortarlo. ¿No es Jesucristo la fortaleza misma, la virtud de Dios, aquella fuerza que lleva y que sostiene todas las cosas¹, y por consiguiente el que fortifica los Ángeles y los hombres? ¿Cómo, pues, ha podido él ser confortado por un Ángel? ¡Ah! lo quiso así por nuestro amor y por nuestra condescendencia. Así como quiso recibir de la mano de los hombres en la debilidad de su cuerpo, durante el tiempo de su infancia, los socorros que de ella reciben los otros niños, ha querido también en el abatimiento de su alma recibir de los Ángeles los socorros que deben esperar los otros hombres. Todo esto es una consecuencia de las enfermedades de nuestra naturaleza á que ha querido sujetarse, y que nos lo deben hacer infinitamente amable... En qué cosa consistiese el socorro del Ángel, es un misterio que el Evangelio no nos ha explicado, y excede sin duda nuestros pensamientos... No podemos hacer aquí otra cosa que admirar, adorar y callar.

2.^a *Un motivo de confianza...* En Jesús servido de los Ángeles vemos un Señor; pero en Jesús confortado por un Ángel vemos nuestro Salvador y nuestra Cabeza, y tenemos derecho como miembros suyos á esperar el mismo socorro... Dios ha establecido sus Ángeles para ser en orden á nosotros los ministros de sus bondades y de sus misericordias². Invoquémoslos en nuestras necesidades, pongamos en ellos nuestra confianza, y no nos faltará seguramente su socorro visible. ¡Cuántas gracias, cuántos buenos pensamientos y cuántos sentimientos de piedad no hemos recibido nosotros por su ministerio, y cuántos no debemos esperar si por los méritos de nuestro Salvador, y manteniéndonos unidos á él, les pedimos con confianza!

3.^a *Una materia de instrucción...* Aprendamos aquí que el grande remedio para todos nuestros males es la oración, que orando y perseverando en la oración encontraremos en Dios consolación, fuerzas y valor que los hombres no pueden darnos: aprendamos también que Dios oye nuestras oraciones, no ya siempre con librarnos de nuestros males, sino con darnos fuerza para soportarlos, lo que

¹ I Cor. 1, 24; Hebr. 1, 3.

² Hebr. 1, 14.

es de mayor provecho para nosotros y para los intereses de la eternidad.

PUNTO II.

Agonía de Jesucristo.

«Y habiendo entrado en agonía, oraba mas intensamente...»

1.^o *La naturaleza de esta agonía*¹... Fue esta una especie de combate entre lo que se llama la parte inferior del alma y la parte superior. La primera llena de repugnancia, la segunda llena de sumisión; por decirlo en breve: fue un combate en el alma de Jesucristo. No se puede explicar la grandeza del tormento que experimentó. Lo que podemos decir de cierto es, que sin un milagro el Salvador habria debido ceder en él. Durante este largo suplicio no cesó Jesús de orar y de pedir siempre el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios su Padre... Aquí es sumamente necesario observar que por un incomprendible prodigio ni la tristeza mortal del Salvador, ni su agonía, ni todos sus tormentos interrumpieron jamás la visión intuitiva y la bienaventuranza esencial de su bienaventurada alma, y que por otra parte esta bienaventuranza esencial nada disminuyó de su natural sensibilidad y de la actividad de los tormentos. Tengamos compasión de sus dolores, sin olvidarnos que el que padece es Dios, y que, bien que sea Dios, esto no impide que padezca las penas mas crueles.

2.^o *Las causas de esta agonía...* La vista de la muerte no fue ni la única ni la principal causa de esta agonía. Debemos antes bien atribuirle á la vista de nuestros pecados. Jesús veía toda la série de suplicios y de oprobios que habia de sufrir; pero no veía menos distintamente la série de todos los pecados de que se habia cargado, y que estaba para expiar. Veía que esta expiación sobreabundante aumentaría la malicia de los pecados de muchos, y que para muchos seria inútil. ¡Ay de mí! ¡cuántos pecados visteis en mí, ó Salvador mio! ¡Oh cuánto he contribuido á los dolores de vuestra agonía! Haced que á lo menos ahora os pueda servir de alguna consolación por medio de un sincero arrepentimiento de haberos ofendido y de una firme resolución de no volveros á ofender jamás.

3.^o *Razones de esta agonía...* ¿Por qué quiso el Salvador sufrir esta agonía? Porque no quiso dejar de padecer alguna de las penas que nosotros debíamos padecer; porque así como su muerte debia ser el modelo, la consolación y el apoyo de la nuestra, quiso

¹ *Agonía* significa propiamente *combate*.

que tambien su agonía nos animase y nos fortificase en la nuestra para hacernos perseverar hasta el fin. No convenia que sufriese esta agonía sobre la cruz, donde debia mostrar una fuerza mas que humana, y donde su último suspiro debia ser una prueba de su divinidad. Por esto anticipó el tiempo de su agonía, y quiso sufrirla antes que los otros suplicios, para no dejarnos sin consolacion en un momento tan critico para nuestra salvacion... ¡Oh Salvador de nuestras almas, qué gracias os podemos nosotros dar por una tan grande caridad!

PUNTO III.

Sudor de sangre de Jesús.

1.º *Este nos hace conocer los dolores de Jesús...* «Y dió en un sudor como de gotas de sangre que corrian á la tierra...» De un sudor tan extraordinario podemos juzgar cuán violento fue el combate que sostuvo Jesús, cuán grandes sus penas internas, y á qué estado lo redujeron.

2.º *Este quita la maldicion de la tierra...* Cuando Dios maldijo la tierra condenó al hombre á bañarla con el sudor de su frente. Para purificarla Jesús y quitarle la maldicion la baña con un sudor de sangre exprimido por su amor. ¡Oh y cuán perfectamente ha sido reparado el orgullo, la desobediencia y la complacencia desreglada del primer hombre por las humillaciones, por la obediencia hasta la muerte, y por la sangre de un Dios-Hombre en el huerto de las Olivas!

3.º *Este nos anima á la penitencia...* Veo, ó gran Dios; en qué modo sabeis Vos unir vuestra justicia con vuestra misericordia. ¿Qué otra cosa me queda á mí que hacer para huir de vuestra cólera sino despojarme del hombre pecador para vestirme de Vos, ó Jesús, paciente y penitente¹? Pero ¡ay de mí! ¡cuán débil es mi penitencia! Me lamento de sus rigores, y ciertamente no ha llegado mi resistencia hasta derramar la sangre².

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, haced morir en mí el hombre viejo, haced salir de mi corazon aquellas lágrimas de penitencia que son como la sangre de una alma penitente. Aplicadme el mérito de vuestra bienaventurada agonía. Vendrá el momento de la mia en que haciendo la naturaleza en vano los últimos esfuerzos para resistir á la muerte tendrá

¹ Colos. III, 9. — ² Hebr. XIV, 4.

mi alma que combatir por la última vez para vencer los asaltos del enemigo de su salud. Desde ahora, ó Señor, acepto esta agonía, me sujeto á su tormento y á todos sus rigores, y os suplico por los méritos de la vuestra, á la cual la uno, que me sostengais en aquel último momento. Si me queda entonces algun vislumbre de conocimiento, concededme la gracia de emplearlo como Vos en la oracion, someténdome perfectamente al querer de mi Criador y de mi Padre... Ángel del cielo, custodio mio fidelísimo, Santos abogados míos, que invoco todos los días, y Vos principalmente, ó Reina de los Ángeles y de los Santos, fortificadme en aquel último combate, para que salga de él victorioso, y habiendo perseverado en la fe, en la esperanza y en la caridad hasta el fin, pueda entrar con vosotros en el reino que mi Salvador me ha prometido y merecido, reino que no tendrá jamás fin. Amen.

MEDITACION CCCVI.

DE JESÚS DESPUES DE SU ORACION EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

(Luc. xxii, 45, 46; Marc. xiv, 41, 42; Matth. xxvi, 45, 46).

«Y habiéndose levantado de su oracion, y vuelto á sus discípulos, los halló «dormidos por la tristeza. Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, orad para «no entrar en tentacion. Y volvió la tercera vez, y les dijo: Dormid y reposad. Basta: ha llegado la hora: hé aquí que el Hijo del hombre va á ser entregado en las manos de los pecadores: alzaos; vamos. Hé aquí el que me «ha de entregar está cerca...» Consideremos en estas palabras: 1.º la reprobacion de Jesucristo á sus discípulos; 2.º el valor que muestra para padecer; 3.º el conocimiento que tiene de las cosas distantes.

PUNTO I.

Reprobacion que Jesucristo da á sus discípulos.

1.º *Reprobacion llena de dulzura...* Jesús les dijo solo estas palabras... «¿Por qué dormís?...» No les dijo ya: ¿cómo dormís vosotros aun, habiéndolo yo advertido ya dos veces? Esta es ya la tercera vez que vengo á vosotros, y no obstante mis replicados avisos, os hallo siempre en la misma culpa... ¡Ay de mí! ¿qué cosas no decimos nosotros á nuestros semejantes? Jamás se apura nuestra elocuencia... Despues despierta Jesús su atencion con una especie de ironía. Ea, dormid y reposad... Esta manera de reprender es buena para hacer avergonzarse al que es pusilánime; pero el estilo irónico muy continuado es despreciante é insultante, y por tanto el Salvador luego al punto desistió. Sirvámonos de él á ejemplo suyo, en caso de

necesidad, con toda moderacion y en dos palabras; de otra manera nuestro celo degenerará en extravagancia, y en vez de corregir, no harémos otra cosa que exasperar, é indisponer á los que reprendamos.

2.º *Reprension acompañada de instruccion...* El Salvador habia comenzado diciéndoles que orasen para no entrar en la tentacion, y acaba con estas palabras. Podemos decir que esta es la última instruccion que ha dado á sus discípulos antes de morir: de esto debemos juzgar cuán importante sea.

3.º *Reprension é instruccion que convienen á nosotros...* Apliquemos la una y la otra á nosotros mismos. ¿Cómo, nos dice Jesucristo, dormís aun en el sueño del pecado, en el sueño de la tibieza, en el sueño de la pereza y de la disipacion? Os he despertado varias veces, y hé aquí que todavía recaéis en el sueño. ¿No advertís que vuestro dormir y que vuestra vida no es otra cosa que un sueño, que los bienes, que los placeres á que os inclináis son tan poco reales, tan poco sólidos, como aquellos que gozáis en la ilusion de un sueño, que se os quitarán luego que despertéis, y os dejarán en la extrema miseria? Ea, pues, dormid ya que lo quereis; reposad también. ¿Es este momento propio para dormir? Hé aquí que ya estais vecinos á terminar vuestra carrera, bien presto el mundo será ya nada para vosotros, y yo no tardaré en pedir os cuenta del uso que habréis hecho de vuestra vida... *Ea, pues, dormid...* abandonaos al sueño, no busqueis otra cosa que establecer aquí en la tierra vuestro reposo, y pasar una vida dulce y ociosa. ¡Ah! obrad antes bien de sábios. *Basta.* Habeis dormido bastante; habeis perdido ya mucho tiempo en un sueño culpable y peligroso: despertad al fin, avergonzaos de vuestra inaccion, de vuestra pereza: *alzaos luego y orad.* ¿Quereis vosotros ser sorprendidos? ¡Ah! empezad una vida seria y cristiana, una vida de oracion, de penitencia y de fervor.

PUNTO II.

El valor que Jesucristo muestra para padecer.

1.º *Valor heroico...* Sale al encuentro á los mayores males, á la ignominia, á los tormentos y á la muerte. «El Hijo del hombre (*el que es la santidad misma*) será entregado en las manos de los pecadores.» Y ¡oh cómo lo tratarán estos cuando una vez lo tengan entre sus manos y en su poder! ¿Y nosotros? ¿qué temor tenemos de caer en las manos de nuestros enemigos? ¿De qué males estamos amenazados que no tenemos valor de salirles al encuentro? ¡Ah!

vergüenza de nuestra debilidad, de nuestros lamentos y de nuestras quejas!

2.º *Valor prudente...* Jesús se presenta al combate, pero despues de la oracion; en ella ha tomado aquel valor, aquella intrepidez que manifiesta. ¿Será acaso cosa sorprendente que nosotros ni tengamos ánimo ni valor cuando estamos sin oracion? Y no creamos haberla hecho bien si nos hallamos sin fuerzas para las buenas obras, si somos siempre cobardes, siempre sensibles á cualquiera mortificacion, y siempre tan poco aplicados á nuestras obligaciones como lo estábamos antes.

3.º *Valor regulado por la obediencia...* «La hora ha llegado...» Aquella hora tan deseada, tan terrible, aquella hora es la hora de Dios. No se la ha hecho prevenir el deseo, ni se la ha hecho huir el temor. Es la hora del suplicio, del oprobio y de la muerte; pero es la hora de Dios, y ella ha llegado: *alzaos, vamos.* ¡Ay de mí! ¿es tal nuestra obediencia? Y ciertamente Dios no pone nuestra obediencia á esta prueba; y para lo poco que nos pide abandonamos á nuestro Salvador en vez de unirnos á él. Jesús teme y tiembla durante la oracion, y es intrépido en la ejecucion. Nosotros, al contrario, estamos llenos de valor cuando se trata solo de formar resoluciones; pero todo se acabó al ejecutarlas.

PUNTO III.

El conocimiento que Jesucristo tiene de las cosas venideras.

«El que me entregará está ya cerca...» Cuando salió (*Judas*) del cenáculo para consumir su traicion, veía Jesús todas las medidas que se habian de tomar, y sabia el tiempo que seria necesario á los pontífices para juntar una tropa, darle las instrucciones oportunas, y ponerla en movimiento. Jesús seguía en espíritu todos sus pasos, y sobre la ciencia cierta que tenia de ellos regulaba los suyos. Habia tomado su tiempo en el cenáculo para dar el último adios á sus Apóstoles, y dejarles sus últimas instrucciones: tomó también el que juzgó necesario para hacer su oracion en el huerto, despues de la cual, habiendo tomado consigo á tres de sus discípulos, y habiendo alcanzado con ellos á los otros ocho, les anunció con certeza la llegada de Judas. Hé aquí como Jesús procura asegurar nuestra fe contra el escándalo de sus humillaciones, para que jamás nos olvidemos que si es un hombre como nosotros el que padece, es al mismo tiempo un Hombre-Dios, que padece solo porque quiere y por nuestra sal-

vacion. Los impíos tienen solo delante de los ojos el escándalo para desechar las pruebas de la divinidad, y todos saben el interés que tienen en mira para creer á los Evangelistas, cuando cuentan sus humillaciones, y no creerlos despues cuando dan las pruebas de su divinidad: esto lo hacen, porque creyéndolo Dios, sus humillaciones y sus tormentos imponen obligaciones de humildad y de mortificación que ellos no quieren absolutamente practicar. Pero nosotros, que buscamos únicamente el camino de la salud, lo vemos con gusto andado por aquel que ha probado de tantas maneras y hasta el fin que él era el Hijo de Dios enviado para enseñarnoslo.

Peticion y coloquio.

Con esta fe y con este espíritu os seguiré, ó divino Jesús, en la carrera de vuestra pasión, como á mi Maestro, mi Salvador, mi Dios y mi modelo. Iluminad siempre mas mi espíritu para que no pierda jamás de vista vuestra divinidad, y moved siempre mas mi corazón para que se haga sensible á los dolores que experimenta vuestra santa humanidad. Amen.

MEDITACION CCCVII.

BESO DE JUDAS.

(Marc. xiv, 43-45; Luc. xxii, 47, 48; Math. xxvi, 47-50).

1.º Beso dado con la mas enorme perfidia; 2.º beso recibido con el mas sensible dolor; 3.º beso reprendido con los términos mas tiernos.

PUNTO I.

Beso dado con la mas enorme perfidia.

1.º *Enormidad en la conspiracion...* «Y estando aun él hablando llegó Judas Iscariote, uno de los doce, y con él gran tropel de gente armada de espadas y de palos enviada por los principes de los sacerdotes, y los escribas y los ancianos. Y el traidor les habia dado la señal diciendo: Aquel que yo besaré ese es; prendedle y conducidlo con cautela...» ¡Cuántos delitos en uno solo! ¡cuántos actos odiosos! ¡Qué perfidia! ¡qué enormidad! ¡qué caída para un Apóstol! Había sido llamado para ser uno de los fundamentos de la Iglesia y de nuestra salud, y se hace cabeza de los impíos; el conductor y la guía de los que hacen morir al Salvador... ¡Qué ceguedad en un hombre que ha sido testigo de los milagros de Jesucristo, si ha creído que esta tropa de soldados armados era capaz de prender-

lo contra su voluntad! ¡Qué perfidia servirse de la señal de paz y de amistad para entregarlo, y para dar en las manos de sus enemigos un Maestro de quien solo ha recibido beneficios! ¡Qué odio, qué furor, encargar que lo lleven con tanta precaucion que no se pueda huir! ¿Temia acaso que con él huyese tambien el precio vil en que lo habia tasado?... Judas en esto es la cabeza, el modelo y la imágen de los apóstatas, que habiendo abandonado la fe, la Iglesia y la piedad, no respiran otra cosa que odio, violencia y traicion: él es la cabeza de los hipócritas y de los engañadores, que lisonjean y halagan solo para engañar, hacer traicion, y hacer tambien caer en las asechanzas que tienen preparadas: es el modelo de aquellas almas viles, que por un interés despreciable, por un motivo de ambicion y de fortuna abrazan el partido de los malos, y se hacen los ministros de sus pasiones para cualquier exceso á que ellas los empuen: es la imágen de aquellos corazones infieles y corrompidos que en un estado de perfeccion, y llamados á una santidad distinguida, ceden á los movimientos de una pasión secreta, que nutren y mantienen, y á la que finalmente lo sacrifican todo. ¡Oh cuánto nos debe hacer temblar y vivir circunspectos el ejemplo de Judas!

2.º *Enormidad en la accion...* «Y aquel que se llamaba Judas, uno de los doce, iba delante de ellos, y se llegó á Jesús para besarle...» Dejando Judas detrás de sí la turba, se adelantó, y se acercó á Jesús para darle el beso como tenían concertado... ¿Cómo? ¿aun tiene Judas atrevimiento para comparecer delante de Jesucristo? ¿Pretende por ventura engañarlo, esconderle su traicion, y hacer creer á sus colegas que es aun uno de ellos, y que no tiene trato alguno ni conexión con aquellas personas armadas que se ven detrás de él? ¡Ah! Judas, tú te engañas, tú te lisonjeas; estas apariencias de una fingida amistad no pueden engañar al que penetra el fondo de los corazones; antes sirven para acrecentar la enormidad de tu perfidia, y cubrirte de una infamia que te hará siempre un objeto de horror á todo el universo... ¡Ay de mí! yo me engaño grandemente á mí mismo cuando procuro esconder el desorden de mi alma. Yo obro como si Dios no me viese, y muchas veces ni aun puedo evitar la vista y la penetracion de los hombres.

3.º *Enormidad en las palabras...* «Y habiendo venido, se acercó luego á Jesús, y le dijo: Dios te salve, Maestro, y lo besó...» Consideremos la diligencia de Judas, y observémoslo correr hácia Jesús, echárselo al cuello y besarlo. Oigamos las palabras llenas de respeto y de aficion con que acompaña el pérfido beso, y confesemos tam-

bien que la tierra no ha llevado jamás un monstruo tan horrible. Pero ¡ay de mí! una comunión sacrílega ¿es acaso alguna cosa menos execrable que el beso de Judas? Señor, ¿no me he hecho jamás culpable en esto?

PUNTO II.

Beso recibido con el mas sensible dolor.

«Y lo besó...» ¿Cómo? Jesús no aparta su sagrado rostro de aquella boca impura; recibe aquel beso pérfido, y trata todavía de amigo al que se lo da... Este beso es para Jesús:

1.º *Un tormento que sufre...* ¿Hay tormento mas sensible para un corazón benéfico que una traición? ¿Y hubo jamás traición mas horrible que la de Judas? Es un discípulo el que hace traición á su maestro; que para entregarlo se sirve de su confianza y del conocimiento que tiene del lugar donde va á orar, y donde ha ido frecuentemente con él; que se sirve de la libertad que tiene de abrazarlo, y que habiendo tenido otras veces esta afortunada ventaja la convierte contra su bienhechor. ¿Y de qué se trata, pues, en esta traición? De nada menos que de entregar á sus enemigos y dar la muerte á un Maestro tan bueno, tan santo y tan irreprochable. ¡Ah! qué suplicio para el corazón de Jesús! Él lo ha sufrido para enseñarnos á nosotros mismos á sufrirlo. ¿Qué cosa son las traiciones de que nos lamentamos, en comparacion de aquella de que Jesús no se lamenta? ¿No aprenderemos nosotros jamás á sufrir en la escuela de un Maestro que sufre tanto por nuestro amor?

2.º *Un ultraje que perdona...* Judas es un monstruo de ingratitude, el corazón mas inhumano que jamás hubo. No se puede concebir de dónde proceda en él un odio tan envenenado contra su bienhechor, y contra el mejor de todos los maestros: la acción es atroz, y todo su proceder es una enormidad sin ejemplo. Ninguna cosa hay que sobrepuje este exceso de la malicia sino el de la paciencia, de la dulzura y de la bondad de Jesús. Este divino Salvador ama aun á este discípulo pérfido, aunque sumamente indigno: lo perdona, como despues perdonará á sus verdugos: lo convida á penitencia, le da el título de amigo, y en las palabras de Jesús hay otra tanta sinceridad y afecto, como hay perfidia y odio en las de Judas. ¡Ah! ¿tendremos aun corazón para resistir á un tal ejemplo de nuestro Maestro? ¿Nos verán aun los hombres llenos de resentimiento por la mas mínima ofensa que se nos haga, y prorumpir en quejas y lamentos, con el corazón encendido en cólera, y dis-

puestos siempre á manifestar los efectos de nuestra venganza? ¿Nos verán todavía implacables para con aquel que nos ha ofendido, aun cuando procura él darnos señales de su arrepentimiento?

3.º *Una pérdida que deplora...* Judas pone el colmo á su reprobacion, Judas se condena, y la pérdida de su alma es justamente lo que conmueve mas vivamente el corazón de Jesús... ¡Ah! es un cruel suplicio para un corazón celoso el ver una persona por quien particularmente se interesaba, que habia instruido y educado en la piedad, verla de un golpe cambiar semblante, entrar y caminar á pasos largos en el camino de la iniquidad, á riesgo de no salir ya jamás, y de perderse para siempre. Pero en orden á la pérdida de una tal alma nosotros no podemos tener certidumbre alguna: podemos tener solamente temor; pero de la pérdida de Judas tenia Jesús una total certidumbre. Desgraciado Apóstol, ¿dónde te ha venido á traer tu avaricia? ¡Ay de mí! á qué exceso nos puede conducir una pasión descuidada, lisonjeada, conservada, y que no hemos procurado jamás domar!... pero dirá alguno: ¿No podia Dios cambiar el corazón de Judas? ¿Quién duda de esto? Y si lo podia, ¿por qué no lo ha hecho? ¡Oh hombres! ¿quién sois vosotros que os atreveis á entrar en juicio con Dios, y hacerle dar cuenta de su conducta? ¿Está por ventura empeñado Dios en multiplicar sus gracias á la medida que nosotros multiplicamos el abuso que de ellas hacemos? ¿No basta para justificación de su misericordia que reparta sus socorros segun la proporción de nuestras necesidades? ¿Es acaso necesario aun que le sirva de regla nuestra malicia? No, no, no nos engañemos. Dios solo sabe la medida de las gracias que él nos destina. ¿Cuántas no ha recibido Judas? Pero Judas se ha cegado, se ha obstinado, se ha endurecido: Judas ha hecho resistencia á todo, y Judas se ha condenado. Judas, como tantos otros reprobos, debe imputar á sí solo su reprobacion. ¿Qué cosa debemos concluir de esto? Lo que nos encomienda el Apóstol¹: obrar nuestra salvacion con temor y temblor. Temamos, pues, abusar, como Judas, de las gracias que Dios nos ha hecho; velemos, oremos y temblemos.

PUNTO III.

Beso reprendido con los términos mas tiernos.

1.º *Tierna reprension de Jesús...* Jesús le dijo á Judas solo dos palabras. Habiéndosele acercado y saludádolo, «le dijo Jesús: Ami-

¹ Philip. II, 12.

«go, ¿á qué has venido?» Y estando Judas en el acto de abrazarlo... «Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?...» Jesús en estas pocas palabras muestra á Judas todo su afecto: lo llama para que entre dentro de sí mismo; le descubre la grandeza de su delito, y le hace percibir todo el horror de su conducta. ¿Qué corazón no habria cedido á palabras tan tiernas? Para resistirse á ellas era necesario un corazón como el de Judas... Pero si este Apóstol pérfido no las escucha, ó se hace á ellas insensible... ¡Ah! no lo imitemos: recojamos estas palabras con respeto, y hagamos su aplicación.

2.º *Aplicación á nosotros mismos de la primera palabra de Jesucristo... Amigo, ¿por qué, á qué fin, con qué designio has venido?...* San Bernardo solia frecuentemente hacerse á sí mismo esta pregunta, poniéndose delante de los ojos el fin de su vocación. Traigamos también nosotros á nuestra memoria el fin para que hemos sido criados y hemos venido á este mundo; para qué nos han bautizado, y hemos entrado en la Iglesia; para qué hemos abrazado el tal estado, y hemos llegado en él al término donde nos hallamos al presente. ¿Hemos venido para hacer en él nuestra voluntad, para vivir sin ley, ó hemos venido á él para servir á Dios, para obedecer, para sufrir, para trabajar y para santificarnos? Apliquémonos, pues, estas palabras, para el tiempo presente, á fin de entrar en nosotros mismos; por lo venidero, á fin de sostenernos en las tentaciones y en las penas de nuestro estado; y por lo pasado, á fin de detestar con un sincero dolor los yerros en que hemos caído... ¡Qué vida he pasado yo, ó Dios mio! ¡Oh cuántos pecados cometidos, cuán pocas virtudes practicadas! ¿He venido yo, pues, para esto? ¿Era esto lo que habíais Vos de esperar de las gracias que me habeis dado, de las promesas que os habia hecho, del fervor con que habia comenzado? La reprensión que Vos habeis hecho á Judas, conviene, y ¡oh cuán bien! á mí mismo: bien frecuentemente la he merecido.

3.º *Aplicación de la segunda palabra de Jesús... «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?...»* Si acaso nosotros hemos tenido la desgracia de hacer alguna confesión ó comunión sacrilega, apliquémonos estas palabras en la amargura de nuestra alma, y para detestar con todo nuestro corazón una tan enorme traición, comprendamos su malicia. *Judas*, que yo he llamado al apostolado; *tú*, que yo he hecho nacer en el seno de mi Iglesia, que he instruido, llamado, elegido y colmado de favores, ¿es este tu reconocimiento? *Entregas*, ¿tú eres un traidor, un pérfido, un hipócrita? ¿Tú lle-

vas tu ingratitud al último exceso, y pones el colmo á todos tus delitos? ¿*Entregas al Hijo del hombre*? Es tu Salvador, tu Juez el que tú entregas de este modo: es el Hijo de Dios, es el Omnipotente contra quien tú acometes; son sus misterios y su religión de lo que tú te burlas; es su cuerpo el que tú profanas, y su sangre la que tú pisas, y él mismo el que tú das en las manos á sus enemigos, á tus pasiones y al pecado. ¿*Con un beso*? ¿Tú vienes al tribunal de la reconciliación á ultrajarlo, y mentir á él mismo, en la persona de su ministro, como si él no oyese tus palabras ó no viese el fondo de tu corazón? ¿Vienes á declararle guerra, á insultarlo en la mesa eucarística, en el Sacramento de su amor? Aquella comunión, la prenda de su ternura, el vínculo que á él une las almas puras, entre sí unidas por medio de la caridad, ¿tú la recibes en un cuerpo manchado de la impureza, en un corazón lleno de odio y de resentimiento contra tu prójimo? ¿*Con un beso*? ¿Quién no creeria que al dárselo tú eras un amigo tierno y fiel? Con todo eso tú eres un traidor, un pérfido. Tú engañas á los hombres, esto es lo que tú quieres; pero no engañas á Jesucristo, y esto te importa poco; pero vendrá el día en que los hombres verán tu traición, y en que Jesucristo vengará su ultraje.

Petición y coloquio.

¿Y por qué no puedo yo, ó Jesús, recompensar con mi respeto y con mi amor los ultrajes que os hace una comunión sacrilega? ¡Ah! en adelante, ó Salvador mio, vendré á los pies de vuestros altares á daros el beso de paz, no para entregaros en manos de vuestros enemigos, sino para introducirlos en mi corazón: allí iré hambriento de vuestra carne adorable, y sediento de vuestra sangre preciosa: allí iré para nutrirme, hartarme, y suplicaros vivir en mí, y transformarme en Vos, para que sea una sola cosa con Vos en el tiempo y en la eternidad... Amen.